

taba rezando una noche, cuando se le aparecieron los dos apóstoles Pedro y Pablo: Pedro le entregó un bastón, Pablo un libro. «Vete á predicar, le dijeron, ya que Dios te ha confiado esta misión.» En el mismo instante se le mostraron en visión los hermanos de su orden, desparramados por todo el mundo, caminando de dos en dos y difundiendo el Verbo de Cristo. Esta es la visión reproducida por el fresco admirable de Fray Angélico. El milagro acompañó á los predicadores enviados á luengas tierras por Domingo. Un hermano de la misión de París, Lorenzo, inglés de origen, tuvo la revelación de la fortuna espléndida que esperaba á los hermanos en París; vió las casas que tenían que habitar y los novicios que recibirían.

De 1217 á 1221, la fundación dominica se desarrolló regularmente, conservando los caracteres que se le asignaron desde los comienzos. Esta orden de predicadores constituye un instrumento del poderío apostólico. Honorio III confirma y protege la nueva institución, multiplicando en su favor las concesiones, los privilegios y las donaciones. Domingo acepta con entusiasmo la investidura pontificia. Apoyándose en la potencia á la que pertenecía de antemano el general gobierno de las almas cristianas, comunicaba á su obra el carácter de universalidad, que debía garantizarle el éxito.

Entregada á la enseñanza y á la ciencia, la orden era una congregación de intelectuales. Domingo toma posesión de la gran escuela de Bolonia; recluta en ella doctores y letrados, y concede por jefe á su convento boloñés uno de los más sabios teólogos franceses, el maestro Renaud, deán de Saint-Aignan de Orleans. En Milán, adonde acude á predicar, recluta tres jurisconsultos distinguidos. La misión parisiense, los siete discípulos delegados bajo la dirección de fray Mateo de Francia, llega á París á comienzos de 1217. En primer lugar, alquilan aquéllos una casita entre el palacio del obispo y el hospital general, á mano derecha del Petit-Pont. Luego, gracias á la liberalidad de un profesor de la Universidad, Juan de Barastre, establécense en una casa denominada Hospital general de Saint-Jacques, en la calle de Saint-Jacques, enfrente de la iglesia de San Esteban des Grés, en terrenos de la Universidad. Muy pronto la orden de los predicadores y la Universidad se relacionan íntimamente. Pocos años después de la muerte de Felipe Augusto, gran número de universitarios se ven afiliados á la orden; y Jordán, el sucesor de Domingo, apela de sus votos y prevé «el momento en que todos los miembros de la Universidad serán dominicos.»

Finalmente, la pobreza continúa siendo uno de los caracteres esenciales del instituto de los hermanos predicadores. Al principio Domingo no había renunciado á la propiedad colectiva para su obra; pero sus relaciones personales con Francisco de Asís, adorador de la pobreza, cambiaron sus ideas. Conociéronse, estimáronse y amáronse estos dos hombres. Si no es cierto, como ha pretendido Bartolomé de Trento, que la intimidad fué entre ellos grande hasta no tener más que un pensamiento y una voluntad, parece, sin embargo, que Domingo, habiendo visto los resultados admirables de la predicación de Francisco de Asís en Roma y en el resto de Italia, tomó patrón de él. Domingo declaró en Bolonia que sus hermanos mendigarían para vivir.

En Francia, los predicadores se establecen poco á

poco en todas las provincias: en Reims, en 1219; en Metz, en 1221; en Limoges, desde 1219; en Poitiers, desde 1220; en Lyon, cuna de la herejía valdense, desde 1218. Aquí permanecieron extramuros, en lo alto de la colina de San Justo. Finalmente se les ve, desde 1221 y 1222, en Montpellier y en Bayona. Cuando murió Domingo, el 6 de agosto de 1221, la familia dominicana contaba en Europa más de sesenta conventos.

### III.—San Francisco de Asís y las primeras misiones franciscanas en Francia (1)

El reformador de Asís, el autor del *Cántico al Sol*, el que abrazó en su caridad universal á los hombres, á los animales y á la naturaleza, resume toda su doctrina en estas cortas palabras: «Si quieres llegar á la perfección, anda, vende todo lo que posees y entrégalo á los pobres.» La orden no fué en sus comienzos sino una cofradía de penitentes dada á la pobreza y al servicio de los miserables. Para entrar en ella no había necesidad de ser clérigo ni monje. La primera regla de los «menores,» aprobada en 1210 por Inocencio III, no contenía sino unos cuantos versículos del Evangelio.

Como hoy día los mendigantes de la Umbría, los franciscanos de entonces caminaban á la ventura, dormían generalmente en los heniles, en los hospitales de leprosos y á las puertas de las iglesias. «Multitud de gentes, dice la leyenda primitiva, tomaban á los frailes por piluelos ó locos, y se negaban á recibirles en sus casas por miedo de ser robados...; se les atacaba é injuriaba, llegando á veces hasta á despojarles de sus vestiduras. Había personas que les arrojaban fango, otras que les ponían dados en la mano, invitándoles á jugar, y otras que, colgándose de su capucha, se hacían arrastrar.» La regla de 1221, más desarrollada y explícita que la de 1210, no es todavía una regla monástica, propiamente hablando; es más bien una serie de plegarias y exhortaciones religiosas. La orden franciscana no adquiere una organización verdadera hasta la regla de 1223, después de las conferencias que con el cardenal Hugolino, primer ministro del papa Honorio III, celebraron Francisco y sus discípulos.

Por esta época, el número de los franciscanos de Italia era lo bastante considerable para que San Francisco pudiera instituir grandes misiones en Europa y aun en Oriente, confiándolas á ministros provinciales. Quería reservarse la Francia, porque tenía gran predilección á nuestra tierra. Su padre, el comerciante Bernadone, la visitaba por negocio, y en recuerdo de la Francia había impuesto á su hijo el nombre de Francisco. El niño aprendió el francés, entonces lengua literaria casi universal y, sobre todo, lengua de la poesía, y conservó un vivo gusto por nuestra literatura, como lo demuestran en sus escritos las alusiones á canciones de gesta. ¿Podemos decir con su último biógrafo (2), que Francisco

(1) OBRAS DE CONSULTA. — Wadding, *Annales Ordinis Minorum*, 1731-1860. Paul Sabatier, *Vie de Saint François d'Assise*, 1894. Beaudoin, *Saint François d'Assise*, 1894, en los «Anales de Grenoble.» K. Muller, *Die Anfänge des Minoriten-Ordens*, 1885. Thode, *Franz von Assisi und die Anfänge der Kunst der Renaissance in Italien*, 1885. Gapp, *Der heilige Franciscus von Assisi und die soziale Frage*, 1898. Ratzinger, *Die soziale Bedeutung des heiligen Franziskus*, en los «Forschungen zur bayr. Gesch.» 1897. (2) M. Paul Sabatier.

de Asís debió á Francia «los sueños caballerescos de su adolescencia y todo lo que en su vida era poesía, canto, música y sueño delicioso?» Lo cierto es que no se encuentra en todo el ciclo de las canciones caballerescas, ni en la escuela de los trovadores, una sola página que destile, en el mismo grado, aquel poderoso amor de la naturaleza donde Francisco bebía su inspiración. Más bien debe el encanto de su genio á la armoniosa tierra envuelta en sol, donde había nacido y

co, que solamente para bien de nuestro país ha suscitado Dios á los hermanos? En verdad os lo digo: Dios los ha suscitado para bien y salud y salvación de todos los hombres, y han de ganar almas no solamente entre los creyentes, sino aun en medio de los infieles.»

Sin embargo, Francisco permaneció en Italia, pero constituyó la misión francesa en 1209. Un poeta convertido, Pacífico, y fray Agnello de Pisa fueron á establecerse cerca de París, desde donde debían caer sobre



Francisco de Asís predicando delante de Honorio III. (Fresco de Giotto de Bondone en la iglesia de Asís.)

á la que tanto amaba. Si quiso ir á Francia, fué principalmente porque allí florecía el amor á la Eucaristía santísima: *Quod magna tunc ibidem vigeret reverentia sanctissime Eucharistiae*. Era Francia por sus iglesias, sus reliquias, sus monasterios y su clero innumerable, el país cristiano por excelencia.

No pudo dar curso á su proyecto. «No quiero, hermano mío, le dijo el cardenal Hugolino, que vayas á la otra parte del mundo. Hay allí multitud de obispos que no quieren otra cosa sino crearte dificultades en el tribunal de Roma. Pero yo y los demás cardenales que amamos tu orden deseamos protegerte y ayudarte, con la única condición de no alejarte de esta provincia. — Monseñor, respondió Francisco, es para mí grande confusión enviar á mis hermanos á lejanas tierras y permanecer aquí perezoso, sin compartir con ellos las tribulaciones á que los expongo. — ¿Y por qué, responde el cardenal, has enviado tan lejos á tus hermanos y los has expuesto de esta suerte á morir de hambre y á toda clase de calamidades? — ¿Imagináis, respondió Francis-

toda la Francia capeta, sobre Inglaterra y sobre los países belgas. Fray Cristóbal de la Romana, Juan Bonello y Monildo de Florencia, con muchos otros discípulos, constituyeron la misión de Provenza y de Gascuña.

Estos primeros apóstoles del territorio francés vivían todavía bajo la regla de 1210 y permanecieron fieles, por lo menos durante algunos años (es decir, durante todo el final del reinado de Felipe Augusto probablemente), al pensamiento, al precepto y al ejemplo del maestro.

Aun antes de partir la misión del Mediodía, ya la había marcado el cielo con su protección, según la leyenda. El mismo día en que debía ponerse en camino y después de reunirla San Francisco para darle sus instrucciones, no se encontraron sino tres panes para alimentar á los asistentes; pero Dios proveyó. Los misioneros, que eran más de treinta, comieron largamente hasta satisfacerse, y todavía dejaron sobras. Llegados á Aquitania, vivieron los hermanos mendigando. Durante muchos días experimentaron hambre y frío. Siendo ex-

tranjeros y no sabiendo la gente qué cosa pensar de ellos, se les rechazó de todas partes brutalmente. Durante las peores noches acudían á hacer sus plegarias en las iglesias, si se les permitía la entrada, ó en las capillas abandonadas de las ermitas. Comían con quien les invitaba á ello, y si no se les invitaba, mendigaban de puerta en puerta. Después de comer iban á ofrecer sus servicios á los hospitales, dándose principalmente por servidores de los leprosos, cuyas camas hacían y cuyas úlceras cuidaban con esmero. El propio fray Cristóbal, jefe de la misión, trabajaba con sus manos y dormía en una estrecha cabaña construída de ramajes y de tierra de alfarero.»

En 1119 ó 1120 la misión del hermano Pacífico parece haberse establecido cerca de París, en Saint-Denis. Pero estos franciscanos, aunque fueran portadores de una bula del papa que les recomendaba á todos los arzobispos y obispos de Francia, fueron tomados por herejes y lograron del clero una mala acogida. Fué necesario que el papa escribiera al arzobispo de Sens y al obispo de París (mayo de 1220) para convencerse del catolicismo de los mendigos de San Francisco. Bien pronto desaparecieron las primeras desconfianzas y la orden se instauró.

Antes de 1224 la misión de Saint-Denis no tenía habitación particular. Oía misa en las iglesias parroquiales; en 1224 comenzó á construir en Vauvert (Seine-et-Oise) «una grande y alta vivienda, lo que pareció á muchos hermanos un insulto á la regla de pobreza impuesta á la orden.» El hermano Agnelo de Pisa pidió á San Francisco que la hiciera destruir, y con efecto fué demolida en 1129. Pero entonces los «menores» se trasladaron á París, en el territorio de Saint-Germain-des-Près, para construir bien pronto su convento de Cordeliers. A pesar de la inicial voluntad del fundador, por la fuerza de las cosas estos mendigos se hacían propietarios y construían. Su número crecía y sus casas se multiplicaban. «Esta orden, dice Jaime de Vitri en una carta de 1219, se extiende extraordinariamente por todas partes, porque imita la Iglesia primitiva y sigue en todo la vida de los apóstoles.»

Si hemos de prestar crédito á los historiadores de la orden, existían desde 1216, en Angers, un convento de franciscanos, en 1217 uno en Villefranche-sur-Saone, en 1220 uno en Mirepoix, en 1221 uno en Valenciennes, en 1222 uno en Bayeux, en Tolosa y en Orthez, y en 1223 otros en Arras y en Seez. No pueden confiadamente admitirse todas estas afirmaciones ni todos estos datos. Los conventos de los hermanos menores, transformados más adelante por el poderío y la riqueza adquiridos en oposición al pensamiento del fundador, siguieron la tendencia común á las órdenes religiosas de la Edad media. Han procurado buscar lo más atrás posible la fecha de su fundación.

El éxito de la doctrina franciscana en Francia, como en Italia, debióse principalmente al carácter popular de la predicación, á la sencillez de la regla y á la facilidad de ingreso en la orden, abierta á los laicos como á los clérigos. La orden de Santo Domingo, sociedad de predicadores y profesores que vivían según la regla de los canónigos regulares, exigía de sus miembros una instrucción que les hiciera capaces de enseñar y predicar. Para ser franciscano bastaba con observar la pureza cristia-

na y darse al servicio de los enfermos y desgraciados.

Ha querido hacerse del santo de Asís una especie de anarquista cristiano, que absolutamente proscibía la propiedad y la familia; lo cierto es que no las condenó más que el propio Cristo, pero las consideró como lazos de los que el apóstol y misionero (jamás el creyente se-glar) deben desembarazarse. Al organizar una orden religiosa que viviera de los petitorios y las limosnas, no desconoció la necesidad y santidad del trabajo. Certo es que no amaba el trabajo intelectual, porque las ciencias engendran orgullo: pero ordenaba á sus hermanos el trabajo manual. No debían mendigar más que para procurarse los objetos de primera necesidad á cuyo aportamiento no basta el trabajo de las manos.

Otra causa del extraordinario desenvolvimiento de la sociedad franciscana fué la creación de la «orden tercera,» que permitía á los laicos, continuando en su vida de familia y de ciudadanos, afiliarse á los religiosos y participar de las ventajas espirituales de la congregación. Esta afiliación de laicos, hombres y mujeres, á las órdenes monásticas, se venía practicando desde mucho tiempo atrás. Pocas eran, entre las grandes abadías, las que no habían procurado adherirse, por los lazos de la confraternidad y asociación de rezos, un cierto número de laicos de ambos sexos; pero tratábase siempre de ricos y poderosos personajes á quienes buscaban los monjes con la esperanza de futuras liberalidades. La orden tercera de San Francisco resultó democrática como la propia orden. Recibió su regla en Italia por los años de 1221, y se extendió por Francia, donde contribuyó en gran manera al establecimiento del instituto franciscano.

Si hemos de prestar asentimiento á ciertos historiadores modernos, la «orden tercera» fué una creación revolucionaria, que ofrecía á las clases inferiores un desquite contra la tiranía de las clases dominantes. San Francisco fué, según ellos, el bienhechor y reformador de la sociedad civil tanto como de la sociedad religiosa. Pero es seguro que al escribir la regla de los terciarios no pensó Francisco en su alcance político, ni pretendió conmover el orden social. Si creía corregir las iniquidades terrenas, era sólo por la caridad y la abnegación. De hecho los terciarios italianos del siglo XIII, muy numerosos en algunas regiones, se insurreccionaron de vez en cuando contra los poderes señoriales; pero ni en Italia ni en Francia vino la «orden tercera» á alterar el estado de cosas. La organización feudal subsistió, con su explotación de la masa humana por un determinado número de privilegiados. El apostolado del santo produjo sus efectos sensibles en la Iglesia y no en la sociedad civil. Durante algún tiempo las órdenes mendicantes y la franciscana en particular mejoraron la vida eclesiástica y el personal de las prelaturas. Pero muy pronto enriquecidas con exceso, degenerarán á su vez y habrá necesidad de reformarlas.

#### IV.—La difusión de las órdenes mendicantes

Domingo murió el 6 de agosto de 1221, Francisco de Asís el 3 de octubre de 1226, y ya á mediados del siglo XIII toda la Francia estaba cubierta de conventos de dominicos y franciscanos (1). Ni un solo testimonio

(1) En 1233, el registro mortuorio de Guillermo des Barres menciona la existencia de conventos de menores en Meaux, París,

de nobles ó burgueses dejaba de contener un legado á favor de dominicos ó franciscanos. Una multitud de hombres y mujeres se había afiliado á las nuevas órdenes, con el propio rey de Francia, San Luis, á la cabeza. Numerosas sillas episcopales se veían ocupadas por monjes mendicantes. Finalmente, la gran escuela del mundo, la universidad de París, conquistada por los discípulos de Domingo y San Francisco, llegaba al más alto grado de su gloria.

El nuevo monaquismo, nacido de la necesidad de combatir la herejía y reformar la Iglesia por las prácticas de la pobreza y la caridad, encontraba en las nuevas condiciones de la sociedad razones para subsistir y triunfar. La burguesía se había emancipado por medios pacíficos ó violentos. Las villas enriquecidas y más ó menos libertadas se habían convertido en potencias. A las nuevas condiciones de la vida popular, y sobre todo de la existencia urbana, convenía á su vez un clero nuevo.

Los reformadores monásticos de la edad precedente habían tomado por principio romper con el siglo y huir las aglomeraciones humanas y los espectáculos profanos, y por eso colocaban sus monasterios lejos de las ciudades y en lo más solitario y salvaje de la campiña. Para un San Bernardo ó un Roberto de Arbrissel, los monjes no podían llegar á la perfección espiritual por medio del trabajo, la mortificación y la plegaria más que en la paz de las soledades. Domingo, predicador y profesor, y Francisco, apóstol de la caridad cristiana, del amor al prójimo y de la piedad hacia los miserables, tenían necesidad del contacto con la humanidad. Renunciando á la propiedad y á la explotación de un territorio agrícola, demandando la subsistencia al trabajo cotidiano y la limosna, los predicadores y los menores sólo podían vivir en las ciudades, de donde arrancó la novedad del monaquismo urbano.

En una época en que las ciudades eran todavía el teatro de una lucha viva entre los burgueses y los eclesiásticos, el establecimiento de los monjes mendicantes fué bien acogido. Este clero á la moderna, que no poseía dominio territorial ni señoríos, que no inspiraba ningún temor y contra el cual no existía odio ninguno, complació á la multitud y á los gobiernos municipales. La predicación era su primordial oficio, pero poco á poco fué obteniendo del papa el derecho de confesar y administrar los sacramentos. Entró por consiguiente en competencia con el sacerdocio oficial, más ó menos desacreditado y sospechoso. La Iglesia secular se inquietó desde el comienzo, pero no pudo impedir que los recién llegados gozaran del favor popular.

Estimábanse entonces las órdenes religiosas con una función social distinta del trabajo de la oración: los templarios y hospitalarios que luchaban en Tierra Santa; los hermanos de San Agustín, de San Antonio y de San Lázaro, entregados al servicio de los enfermos y de los peregrinos. A fines del reinado de Luis VII ó á comienzos del de Felipe Augusto se habían fundado: en

Etampes, Senlis, Compiègne, Amiéns, Beauvais, Vernón, Ruán, Evreux, Chartres, Vendôme, Orléans, Noyón, Soissons, Provins, Châtillon, Troyes. Y no se trata aquí más que de las provincias de la Francia del Norte por donde circuló este registro mortuorio: la Champaña, Isla de Francia, el Orleanesado y la Normandía.

Bethune, la cofradía de los caritativos de San Eloy; en Nimes, la cofradía hospitalaria de San Jaime; en Aviñón, la de los hermanos constructores de puentes; en Roma y en Francia, la orden de los trinitarios enfermeros militares y que rescataban á los cristianos hechos prisioneros por los musulmanes. Un poco más tarde llegaba á París la orden de la Merced, afecta á la misma misión. Finalmente, en Montpellier y en Roma se instaló la orden del Espíritu Santo, entregada al servicio de hospitales. Todas estas creaciones se parecían por su destino, que era prestar servicios á la humanidad. La mayor parte precedieron de cerca á las órdenes mendicantes. La institución de éstas, por consiguiente, no constituye un hecho aislado. Las dos congregaciones realizan admirablemente el tipo del monje activo, tal como lo habían concebido y deseado las nuevas generaciones.

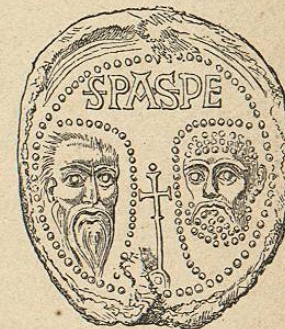
Por la misma época se fundaban las universidades. Por ellas se derramaba y hacía casi popular la ciencia. Ya hemos visto á las escuelas escapando á los poderes locales, para someterse á la autoridad del papa, y al antiguo clero luchando casi por todas partes con las universidades entonces nacies.

Una orden como la de los dominicos, constituida para la enseñanza y la ciencia, era una necesidad de los tiempos. Francisco de Asís tenía, es cierto, otros ideales. Este amante de la naturaleza pretendía influir en los corazones más que en las inteligencias; pero las corrientes intelectuales eran tan poderosas entonces, que sus primeros discípulos, los continuadores de su obra, se vieron obligados á doblarse á ellas. En medio del siglo XIII, la orden de los franciscanos se había convertido, como la de los dominicos, en una comunidad de sabios. Buenaventura fué el contemporáneo y competidor de Tomás de Aquino.

El papado distinguía á las nuevas órdenes como á hijas de predilección. No podía verse servido en sus conveniencias por el clero regional, más ó menos sumiso al rey, ni mucho menos por las antiguas congregaciones, á quienes sus riquezas y sus propiedades hacían demasiado independientes. Le eran necesarios agentes de transmisión y ejecución, rendidos y obedientes; un clero internacional y fácil de movilizar, que, en caso necesario, pudiera oponerse al de las antiguas jerarquías. Las órdenes mendicantes proporcionaron á Roma este instrumento indispensable de dominación.

Finalmente, no es necesario decir que la multitud de desheredados acogió benévolamente estas nuevas regiones, y sobre todo, á los franciscanos que trabajaban para vivir y añadían lo no consumido al capital común, denominado por San Francisco «la mesa del Señor,» porque servía para alimentar y atender á los pobres y á los enfermos.

Esta especie de comunismo cristiano, nacido del espíritu evangélico de caridad y fraternidad, fué bienhechor, en la rudeza de los tiempos feudales, á la multitud de miserables.



Bula del papa Honorio III